

EL CIUDADANO ILUSTRE
Gastón Duprat y Mariano Cohn, 2016

- Argumento
- Coloquio Versión Española, 19/12/2018
- Comentario FGI

ARGUMENTO

Estocolmo, entrega del Premio Nobel de Literatura

Por su origen latinoamericano, por la falta de rigidez de su atuendo, por su obra, entre real y fantástica, inspirada por su infancia, su juventud, su tierra, Mantovani se da un aire a García Márquez.

—(Presentador) Daniel Mantovani ha creado un potente universo en torno a su tierra natal. Si bien su vida ha transcurrido principalmente en Europa, su obra literaria ha plasmado los grandes temas universales a través del relato íntimo del pequeño pueblo en el que nació y vivió su primera juventud: Salas, en la provincia de Buenos Aires, Argentina. Durante dos décadas, sus libros nos han transportado a ese lejano lugar donde el autor da rienda suelta al espléndido vuelo de su fantasía combinando, con rebosante creatividad, fabulaciones extraordinarias con realidad pura, alusiones literarias y las más gráficas, palpables y a veces opresivas descripciones. Sus novelas revelan la impronta de un autor que reúne un talento narrativo desbordante con la maestría de un artista de la lengua, consciente, disciplinado y poseedor de un amplio bagaje literario. Señor Daniel Mantovani, reciba de las manos del Rey el Premio Nobel de Literatura que otorga la Academia Sueca. Tiene la palabra el señor Daniel Mantovani.

—(Mantovani) Hablaré en castellano. Dos sensaciones encontradas me invaden al recibir el Premio Nobel de Literatura. Por un lado me siento halagado, muy halagado. Pero por otro lado, y esta es la amarga sensación que prevalece en mí, tengo la convicción de que este tipo de reconocimiento unánime tiene que ver directa e inequívocamente con el ocaso de un artista. Este galardón revela que mi obra coincide con los gustos, y las necesidades, de jurados, especialistas, académicos y reyes. Evidentemente, yo soy el artista más cómodo para ustedes, y esa comodidad tiene muy poco que ver con el espíritu que debe tener todo hecho artístico. El artista debe interpelar, debe sacudir. Por eso mi pesar por mi canonización terminal como artista. La más persistente de las pasiones, sin embargo, el mero orgullo, me impulsa hipócritamente a agradecerles por haber dictaminado el fin de mi aventura creativa. Pero, por favor, no quiero que con esto interpreten que los estoy responsabilizando a ustedes. Nada más lejos. Aquí hay un único responsable, y ese soy yo. Muchas gracias.

Barcelona, casa de Mantovani

Núria, su asistente, lee las invitaciones a diversos actos, entre ellas, una de Salas, pueblo de Mantovani. El escritor rehúsa con una sonrisa irónica:

- No charlas. Y en Argentina, menos... ¡Salas!
—¿Hace mucho que no va?
—Sí, casi cuarenta años. Me fui a los veinte y no volví más. Creo que hice una única cosa en toda mi vida: escapar de ese lugar. Mis personajes nunca pudieron salir y yo nunca pude volver.
—¿Y piensa ir?
—¡Nooo! De ningún modo.

Mantovani llama a su asistente para decir que irá a Salas. Irá solo.

Buenos Aires, camino de Salas

En el aeropuerto, Mantovani es recibido por un hombre de pocas luces que lo lleva en un coche destartado por un camino rural, donde se revienta una rueda. Obligado a pernoctar en medio del campo, Mantovani cuenta un relato suyo al hombre que lo debía llevar a Salas: «Dos hermanos gemelos vivían en el mismo pueblo. Como estaban enfrentados y no querían ser confundidos, uno de ellos llevaba siempre barba y el otro no. El de barba vivía muy modestamente. En cambio el otro era rico y vivía en un hermoso chalet que quedaba justo enfrente de una enorme fundición que era de su propiedad. Cada tanto recibía la sospechosa visita de lujosos autos negros que venían de la capital. Ambos hermanos visitaban con frecuencia el único cabaret que había en el pueblo. Y es así que durante el último año lo único que los unía era la obsesión por una misma mujer, una prostituta pelirroja que había venido del Paraguay. Y compartir esta relación era un tormento para ambos. El rico convenció a la paraguaya para que se casara con él y se fueron a vivir juntos. El otro, entonces, quedó sumergido en un dolor inmenso. Fue así que una noche, imprevisiblemente, se presentó en la casa de la infeliz pareja con la excusa de zanjar las diferencias que tenía con su hermano. Salieron a caminar y a charlar por el predio, pero sorpresivamente el de barba tomó un hierro que encontró por ahí y le asestó un golpe terrible, seco, en la cabeza a su hermano, que cayó muerto al instante al piso. Después de eso acarreó el cuerpo y lo incineró en uno de los hornos que tenía la fundición. Finalmente, se afeitó con mucho esmero y se vistió con la ropa de su hermano, a la media hora, estaba abriendo la puerta de la casa donde la paraguaya lo esperaba para cenar. La pelirroja no notó ninguna diferencia, o vaya uno a saber, se hizo la distraída por conveniencia. Lo cierto es que dicen que pasó los mejores meses de su vida, los más felices, junto a esta mujer. Hasta que un día llegaron los hombres que venían de la ciudad en sus autos negros y confundíéndolo con su hermano, ¡blum!, lo liquidaron, al parecer para ajustar algunas cuentas pendientes que tenían con él y que él, por supuesto, desconocía por completo. Y al igual que el de su hermano, su cuerpo no fue encontrado jamás. Fin. La pelirroja se quedó con todo.»

Para qué sirve un libro en Argentina

En su parada forzosa, las páginas de un libro de Mantovani sirven para encender un fuego y para limpiar el culo de su acompañante.

Salas, presentación del escritor

Ya en Salas, Mantovani es subido a la plataforma de un coche de bomberos desde donde debe saludar a sus paisanos. Luego, vendrá la presentación formal mediante un documental biográfico: «El mundo entero conoce a este hombre, pero

muy pocos saben cómo se inició todo un 5 de febrero de 1954. En la República Argentina, en un pequeño pueblo a 734 kilómetros de Buenos Aires, llamado Salas, nació un niño de nombre Daniel llamado a trascender. Siendo un muchacho, Titi, como lo llamaban sus amigos, se arriesgó a todo o nada y partió con lo puesto al Viejo Mundo para cumplir su sueño: convertirse en escritor. Libro a libro, fue abriéndose paso para finalmente convertirse en un destacado literato de renombre internacional. Pero aún faltaba más: el punto cúlmene, el Premio Nobel de Literatura. Así, nuestro querido Daniel, pasó a integrar el Parnaso de los grandes maestros de la literatura mundial de todos los tiempos. Sus obras dieron a conocer la cultura y los personajes de nuestro pueblo en todos los puntos del globo. Pero estos laudos sobresalientes no hicieron mella en su personalidad que sigue manteniendo los valores de humildad y respeto inculcados en su niñez en nuestro querido pueblo. Su madre, la querida doña Clara, que partiera de este mundo hace ya cuarenta años, y su padre, el recordado don Víctor, que la siguiera al más allá casi una década después, dondequiera que estén, sin dudas estarán orgullosos aplaudiendo de pie a su único y querido hijo, nuestro hijo, el hijo de Salas.»

Salas, discurso de agradecimiento

«Queridos amigos, hola a todos y gracias. Sí, soy el que hizo famoso a Salas, lo admito, soy el culpable (risas). Ahora en serio, es muy fuerte para mí recorrer nuevamente mi pueblo, nuestro pueblo, vivirlo, porque, si bien, llevo casi cuatro décadas viviendo en Europa, yo sigo siendo de Salas... aunque no lo quiera. Es por eso que este premio es diferente y único, y en cierto sentido, quizás, mucho más importante que el premio Nobel, porque el Nobel se lo negaron a escritores geniales como Borges. Y, entre nosotros, los de la Academia sueca querían que al recibirlo yo me pusiera un traje de etiqueta bastante ridículo (risas) y que les rindiera pleitesía a un rey y una reina en pleno siglo XXI. Por supuesto que me negué, no tengo el menor respeto por la monarquía. Aunque esta vez voy a hacer una excepción con la maravillosa reina de belleza que nos acompaña. Me siento muy honrado de ser ciudadano ilustre de Salas y espero llevar con dignidad este galardón. Saludo a todos y muchas gracias.»

Salas, charla a los estudiantes

«Podría esgrimir argumentos profundísimos. Sin embargo, yo solo puedo escribir cuando tengo algo para decir. Y es justamente por eso que no escribo desde hace casi cinco años. ¿Alguien quiere hacer una pregunta? —(Julia) ¿Es verdad que la infelicidad es el mejor estado para la creación artística? —No, no, yo no creo que el sufrimiento garantice la producción de grandes creaciones artísticas. No sé, Rimbaud o Van Gogh tuvieron vidas tortuosas y dejaron una gran obra artística, pero podría citar grandes artistas que tuvieron vidas apacibles, pacíficas. Sin ir más lejos, Jorge Luis Borges. —(Julia) Yo leí un reportaje donde usted dijo lo contrario. Usted dijo algo así como que los países con mayor bienestar tienen una producción artística menos interesante. —No, yo no creo haber dicho eso para nada, ese es el mito del artista torturado. Yo no creo en eso.»

Antonio

«—¿Te casaste? ¿Tenés hijos? —No, no, casarme no. Tuve algunos amores, hijos tampoco. ¿Y vos? —Yo me casé con Irene. —¿Con Irene? —¿Viste vos lo que

son las cosas? Vos te fuiste y yo me quedé con tu novia. Veinticinco años hace que estamos casados. Te gané.»

Ante las cámaras

«—Daniel, una pregunta simple pero creo interesante: ¿por qué sos escritor?
—Bueno, no es simple. Es una pregunta de muy difícil respuesta. Yo creo que un escritor, un artista en general, es alguien que no acepta el mundo tal como es, alguien a quien la realidad no le alcanza o no lo satisface, y necesita crear, inventar cosas nuevas para incorporar al mundo. Además, soy escritor porque no me quedaba otra. En todo lo demás he fracasado. —¿Por qué en cuarenta años nunca te dieron ganas de volver, al menos un finde? —Yo quería volver, pero como una mirada sin cuerpo. Volver como quien ve una película, queda reducido a un par de ojos, a un par de oídos, más allá del dolor, digamos ver el pueblo como quien entra a un cine. Pero más allá de todas esas elucubraciones lo importante es que estoy aquí.»

Irene

En el hall del hotel (Irene):

—Tenemos una hija, vivimos en una casa muy linda... No te digo que Salas se haya convertido en un pueblo interesante, pero con Antonio construimos una vida agradable y...

—¡Uy! ¿Agradable? Qué adjetivo horrible que dijiste. ¿Y por qué no viniste a mis clases? No te interesa escucharme ni un poquito, ¿no?

—A esa hora no puedo, doy clases en una escuela. Doy Geografía. Leo cuentos también y soy consejera, psicóloga, cocinera... Son hijos de peones, necesitan estímulo.

—Claro, servicio.

—¿Qué?

—Digo que haces servicios, está muy bueno, ayudás a la gente.

—No seas cínico, te conozco.»

Daniel en el coche de Irene:

—Nunca pude escribir nada de mi vida en Europa. Nada me resultó inspirador. La fuente de mis relatos se quedó acá en el pueblo. Mi infancia, mi adolescencia, mi juventud, la gente, este paisaje... vos.

Tras un silencio largo, se vuelve hacia ella y pone en sus labios un beso ni rechazado ni correspondido.

Julia

Habitación del hotel. Alguien llama a la puerta. Es la chica que lo interpeló en la clase. Desde el pasillo, lee un libro:

—La democracia y la felicidad producen una literatura mediocre y sin vuelo. La gran literatura aparece en comunidades injustas y violentas donde el vacío existencial se llena de creación. Firmado: Daniel Mantovani, Berlín, mayo de 1991.

—Me rindo.

La chica se abalanza sobre él y lo besa. Las protestas de Daniel son tan débiles que acaba aceptando la propuesta de tener una noche de sexo salvaje con ella. Más tarde se sabrá que esta chica es la hija de Irene y Antonio.

Elección de cuadros premiados

Mantovani debe decidir qué cuadros pintados por salenses tienen calidad suficiente para ser premiados. Rechaza el de «la esposa del contador Rívoli», otro con la efigie del papa Francisco y otorga el primer premio a uno ciertamente pobre solo porque está pintado sobre un cartel de Glifosato (fertilizante sospechoso de provocar cáncer) y esto le da un trasfondo social.

—¿Qué importa lo que el artista haya querido hacer?

Otro miembro del jurado excusa a sus paisanos por la baja calidad de las obras.

—Gente con pocas inquietudes, nadie hace nada...

—Sí, pero eso no es privativo de Salas. Gente así hay en todas partes, en Nueva York, en Amsterdam, en Berlín...

Un estruendo acompaña la entrada en la sala de Florencio Romero que se dirige a Mantovani anunciándose como presidente de la Asociación de Artistas Plásticos de Salas:

—Puede ser que, según usted, mi cuadro no sea lo suficiente bueno, pues lo encuentro entre los rechazados. Tal vez hubo una confusión.

—Perdone, a ver si entiendo bien. ¿Usted está participando en el concurso y al mismo tiempo quiere opinar sobre lo que nosotros elegimos?

—No, perdón por osar, porque obviamente yo no estoy a su altura como para decir absolutamente nada. Esto es lo que yo me imaginé porque sus gustos pictóricos, evidentemente, están completamente subordinados a los usos y costumbres de afuera, y eso es lo que está tratando de imponer acá, junto con su literatura, que está plagada de resentimiento y de rencor contra su propio pueblo, contra sus orígenes. Usted es un mediocre.

—Disculpe, pero le voy a pedir que se retire antes de que se me empiece a acabar la paciencia. ¡Ya está!

—Sí, sí, cómo no. Vamos a ver quién tiene la última palabra.

Los matones - Antonio

Al salir del aula, Daniel es acosado por los matones de Romero. Antonio llega y los ahuyenta. Hay algo que quiere saber: cómo está la relación de Daniel con Irene.

—¿Ya viste a Irene?

—Sí, ayer. Nos vimos, charlamos un rato, nos pusimos al día.

—¿Y cómo la viste?

—La vi muy bien. Irene es una mujer muy valiosa.

—Me costó mucho, ¿sabías? Me costó mucho, mucho, mucho, mucho... Hacía tres años que te habías ido y ella seguía enganchada. Me acuerdo un día, estábamos casados ya, llego a casa y la vi llorando. Mal. Estaba leyendo tu libro. Lo escondió, yo me di cuenta. Ella leyó todos tus libros. Se iba a Buenos Aires a buscarlos o se los hacía traer. Te siguió como pudo toda la vida. ¿Por qué te digo esto? Vos sos mi hermano, mi amigo, y quiero que sepas que todo esto que te conté ya está superado, enterrado. ¿Entendés lo que digo? Somos muy felices, Titi.

El chico parapléjico

En el hall del hotel lo aborda un hombre con un chico en silla de ruedas que le pide dinero para comprar una silla eléctrica.

—Para nosotros es una cifra inaccesible directamente. Yo desocupado, mi mujer maestra. Recorrimos todos los organismos que usted se pueda imaginar y más también, pero nada, señor. Por eso nos atrevimos a venir. Lo que para nosotros es

inalcanzable tal vez para usted sea poco, y ese poco para mi hijo es todo. Serían 9.800 dólares, señor. [Pasa luego a enumerar las cualidades del hijo.] A pesar de todo es un ejemplo, pura voluntad, puro corazón, un luchador, aunque le parezca mentira, es él el que nos sostiene a nosotros.

—Mire, yo lamento lo que está padeciendo su hijo, pero yo no los puedo ayudar. No se trata de si es mucho o es poco dinero pero yo no soy una ONG. Para ayudarlo están los organismos del Estado. Y no es que su caso me resulte indiferente. Yo soy una persona muy comprometida, pero mi compromiso como escritor pasa por otro lado. Y le vuelvo a aclarar: si necesitaran un dólar o cien mil sería lo mismo. pongamos que yo acepto (es una suposición, no lo voy a hacer) y le doy los diez mil dólares. Es verdad lo que usted dice, a mí no me costaría nada, pero sería una actitud perversa y contraria a mis principios. ¿Qué pasa con el resto de las personas que tienen la misma necesidad de su hijo? Sería sumamente injusto. Lo siento, pero no.

—Pero, señor, ayudar a uno ya es algo. Aunque sea está ayudando a uno. ¿No es mejor que haya un millón de personas que necesitan que no un millón uno? Somos todos de Salas, señor, a usted no le cuesta nada...

—Ayudarlo sería como si yo fuera una deidad, un salvador que decide de manera milagrosa sobre los que providencialmente se cruzan en su camino. El problema es que yo no soy una persona religiosa ni quiero tener esa posición frente a nadie. Mi respuesta es no. Y, además, me parece extorsivo el modo en que lo plantea. Buenas tardes.

Aula de literatura

—La creación artística es independiente de la moral. Los grandes pintores del Renacimiento, como Rafael o Miguel Ángel, crearon obras geniales al servicio de la propaganda de la Iglesia. O buena parte de la magnífica obra cinematográfica de Leni Riefenstahl fue realizada como publicidad del nazismo. Ejemplos así hay cientos...

La puerta se abre con energía empujada por Romero, que interrumpe a Mantovani:

—Buenas tardes. Hola a todos. Soy el doctor Florencio Romero. Seguramente todos me conocen y saben muy bien quien soy. Me van a permitir una muy breve interrupción. Ahí le van a repartir a todos fotocopias con fragmentos de un libro de la autoría de este sujeto. Se llama *El gigante de arena*. [Dos matones reparten los panfletos] Ahí ustedes van a poder comprobar cómo se encarga de ensuciar a nuestra comunidad tratándonos de brutos y pervertidos. Pero no solo ahí. En toda la obra de este personaje no hace otra cosa más que tratarnos como la peor basura. [Se vuelve a Mantovani] Y vos sos la peor basura porque tratás de endilgarnos a nosotros de todas las peores conductas humanas.

—(Irónico) Estimado custodio de las buenas costumbres, si no te interesa escucharme, cosa que me honra enormemente, te invito a retirarte de la sala porque aquí hay gente que sí me quiere escuchar y te pido respeto, no conmigo sino con ellos.

—No te hagás el demagogo, no jugués a eso. Acá la gente no sabe quien sos, no sabe lo que escribís, no jugués con la ingenuidad de la gente. [De nuevo al auditorio] Por algo no volvió nunca a su pueblo. Toda la obra de este millonario está montada sobre la calumnia a su propia comunidad. Si eso no es ser una rata, la verdad es que yo no sé qué es lo que es. [Y de nuevo a Mantovani] Vos sos un sirviente de lujo de los europeos, sos un bufón de los europeos, no tenés conciencia de tu pertenencia. Sos un desclasado. [Al auditorio] Por algo Dante Alighieri ubica a los

traidores en el último círculo del infierno porque considera que la traición es el peor de los pecados. Y la razón es muy simple: para traicionar primero hay que conquistar la confianza y el afecto de la víctima. Este tipo es un Judas.

—(Mantovani aplaude sarcástico) ¡Bravo, bravo, bravo!

—(Romero coge un escrito) Si me quieren acompañar y si no yo leo en voz alta: Cuento, *El paso a nivel*, página 120: «Aparte de los caballos criollos, el ingeniero, el gigante de la circunvalación, como le decían los criollos, tenía otra afición. En un galpón de su estancia esclavizaba a pobres y analfabetos para que lo sirvieran. Familias enteras hacinadas bajo su yugo...» Pero no hace falta que les aclare a quién se está refiriendo: al ingeniero Tulio Galiardi, un querido vecino de Salas, el Lungo Galiardi, medía como dos metros de alto, era el dueño de los galpones a la salida de la ruta, que lamentablemente, como todos sabemos, no está vivo para defenderse de las injurias de este personaje. Si estuviera acá, estoy seguro que lo ubicaría como corresponde.

—¿Nada más?

—No es solo eso, hay muchísimo más. ¡Vos sos una rata! ¡Porque huiste como una rata cuando las papas quemaban! ¡Sí, señor! ¡Y venís a hacerte ahora...! ¿Qué venís, a dar cátedra? ¡Encontraste la fórmula perfecta! ¡Denigrás a tu pueblo y lo cobrás y lo facturás en euros allá! ¡Vos sos un lameculos de los europeos! ¡Que los premios te los den ellos porque trabajás para ellos!

—(Vuelve a aplaudir) ¡Muy bien, muy bien! ¡Muy buena la performance! Muy convincente e incluso mejor que la que hiciste hoy a la mañana. Muy buen acting, te felicito. Y te agradezco la idea porque a lo mejor la incluyo en una próxima novela, aunque no creo que me sea útil porque es demasiado idiota y payasesca. ¡Ahora sí, se retiran de la sala porque acá hay gente que quiere escucharme a mí y no a usted.

El auditorio aplaude.

—(Romero) ¡Tranquilos, tranquilos! Ya terminé, ya nos vamos. ¿Qué pasó? ¿Te asustaste? No te vamos a hacer nada. ¿Qué se puede esperar de un tipo que no tuvo la dignidad de volver a su pueblo para enterrar a su propio padre? ¿O miento?

Tras la salida de Romero, Mantovani reanuda su charla con una reflexión:

—Una vez más, la realidad supera a la ficción. Vamos a suponer que es verdad lo que dicen, que es cierto que yo soy ese monstruo que ellos describen. Eso, ¿me invalidaría como artista? Yo escribo literatura, escribo novela, escribo ficciones, no escribo panfletos sobre comportamiento ético. Y muchas de las conductas deleznable de algunos de mis personajes lamentablemente forman parte del mundo en el que vivimos. Y que mis personajes hagan lo que hacen no quiere decir que yo apruebe o desapruebe esas acciones. ¿Aprueban los asesinatos los autores de novelas policiales?

—(Una asistente) Pero, ¿por qué no escribe sobre cosas lindas?

—¡Je! Me rindo, me rindo. Su pregunta pone en entredicho toda una vida dedicada a la literatura.

Fuera, Mantovani reflexiona sentado en un banco. Un anciano se le acerca para ofrecerle una taza de mate.

Decide ayudar al parapléjico

Desde su habitación, Mantovani habla con su asistente.

—El hotel parece de una película rumana. ¡Ah! Además, me subieron a un camión de bomberos para saludar a la gente junto con la reina de belleza. Núria la llamo por lo siguiente: quiero comprarle una silla de ruedas a un chico que la necesita. Es una silla especial que no hay acá. La voy a poner en contacto con el padre y usted le manda la silla o el dinero, lo que sea más práctico.

Cena en casa de Irene

—(Irene) A mí lo que me llama la atención es que seas tan ingenuo. O tan ególatra, no sé. No haber pensado que, a lo mejor, alguno acá en Salas se podría ofender con lo que escribís. Más allá que Romero es el tipo más asqueroso de Salas.

Antonio se les une con la comida.

—Primero, el chinchín. Ustedes saben que yo no soy sentimental y yo me cago en la solemnidad y todo eso, pero quiero brindar por vos... Mirá de dónde saliste y a lo que llegaste. Te rompiste el orto para llegar adonde llegaste. Me siento muy orgulloso de vos, una persona digna, honorable... Bien, Daniel. Y qué decir de Irene, la mujer con la que espero pasar el resto de mi vida, con la que hice una familia basada en el respeto. Con la que comparto todas las noches la cama [Irene baja la cabeza], ¿qué más? [Beben. A Irene] Un beso a papi. [Irene se levanta y va hacia su marido, que la atrapa por el cuello y la besa con brutalidad]

Terminada la cena, los hombres hablan en la cocina. Daniel refiere en voz baja el suceso con la chica.

—Y entonces abro la puerta y la veo. Una chica hermosa, pero casi una nena. Pero con una actitud muy de puta, muy decidida. Se metió en la habitación. Una groupie profesional, desinhibida, guarra, dispuesta a todo. La pendeja estaba decidida...

No puede continuar porque llegan Julia y Roque, su novio. Daniel se asombra de que la hija de Irene y la «guarra» del hotel sean la misma chica. Irene la presenta.

—Ella es fan de tu obra, se leyó todo.

Antonio explica las cacerías de chanchos salvajes (cerdos) que Roque organiza para los gringos. Como son burros, no dan al blanco, pero el chico dispara de forma sincronizada para que crean que acertaron. Daniel acepta la invitación de ir a cazar chanchos con ellos.

Wiskería Volcán

Antonio arrastra a Daniel hasta una wiskería de la que es cliente habitual a juzgar por su familiaridad con las prostitutas.

—A estas pibas me las debo haber cogido veinte, treinta veces a cada una. Yo soy de la teoría que uno puede tener una aventura con una mina, con una piba que no es la mujer de uno y puede tener un desliz, pero sabe que vuelve a la casa donde está la mujer de uno, la que le pertenece, la de la familia, la del respeto. La mujer de uno también puede tener alguna aventura con algún paracaidista.

Daniel se va. Antonio demuestra su condición de putero y camorrista.

Julia descubre su juego

Cuando Daniel llega a su habitación encuentra a Julia desnuda sobre su cama. Él la conmina a que se vaya, pero ella casi le suplica.

—Me quiero ir de este lugar, no me quiero quedar acá y tener la vida de mierda que tiene mi vieja.

Daniel se muestra inflexible y Julia se va airada. Amanece cuando llega Antonio, magullado y sangrante. Se desploma en la cama, acusando a Daniel con un dedo.

El homenaje

En una plaza pública, el intendente descubre un busto de Mantovani, al que invita a decir unas palabras.

—Me siento muy honrado por este gesto que perpetúa mi figura, o al menos algo ligeramente parecido a ella. Debo reconocer que es un retrato muy personal. Un amigo mío, escritor, premio Nobel también, me dijo una vez: «Ser premio Nobel te convierte en una estatua. Por lo visto, no era solo una metáfora». Muchas gracias.

Luego, aparte, el intendente pide a Mantovani que le permita colar entre los premiados alguno de los cuadros rechazados.

—Yo de arte no entiendo nada, pero vos te vas mañana de Salas y no volvéis más. Yo me los tengo que mandar, acá, ¿entendés? Así en la inauguración de hoy podemos tener la fiesta en paz.

—Hagan lo que quieran, si es una cuestión de Estado.

Nuevo asalto de Renato

Renato, el que creyó ver a su padre en un relato de Mantovani, el que lo invitó a comer los raviolos de su madre, le reprocha que no aceptase la invitación y lo convoca para esta noche.

—Mirá, yo ni fui ni voy a ir a tu casa. Porque no te conozco, no sé quién sos, ¿está claro? Y vos tampoco me conocés a mí. No tenés ni la más mínima idea de quién soy ni de cómo pienso. Los personajes de mis libros son justamente eso, personajes de ficción. No tienen existencia real. Si vos te ilusionaste creyendo que tu papá era uno de esos personajes, lo lamento. Vos y yo no tenemos nada en común salvo el haber nacido acá. O sea, nada. Yo no los cagué, como vos decís, porque no tengo obligación de ir a tu casa por el solo hecho de que vos me hayas invitado. No soy un objeto del cual vos podés disponer, ¿está claro? Vos tenés que invitar a alguien a quien realmente le interese tu invitación, porque no funciona como vos creés, escuchame, te estoy hablando, no funciona como vos crees. Tiene que ser de ida y vuelta, recíproco, ¿entendés? Yo, normalmente, no me tomaría este trabajo, no te daría tantas explicaciones, pero hoy, no sé por qué, tengo ganas de decir lo que pienso de verdad, como si nos conociéramos realmente. Buenos días.

Unos metros más adelante, Irene le reprocha la aventura con su hija.

Última clase de literatura

El número de asistentes se ha ido reduciendo hasta quedar ya solamente cinco.

—Hoy soy una figura ilustre, aunque muchos no sepan muy bien por qué. Una clase de prócer a la que se saca del ropero y se la plumerea para que asista a algún acontecimiento cultural y diga alguna frase de ocasión para después volver a guardarla en el ropero. Un destino definitivamente pueblerino para alguien que hace más de treinta años intentó escapar justamente de eso. Pero, de todos modos, para prócer me falta algo fundamental: mi propia muerte. Y, por último, un aplauso para ustedes por seguir viniendo.

La casa, el cementerio

Daniel visita la casa que fue de sus padres, donde pasó su infancia, hoy cerrada y muy deteriorada. Después va al cementerio y coge una flor amarilla que ha nacido junto a la tumba de sus padres. De vuelta al hotel, escucha unas voces dirigidas a él, ¡Vende patrias! ¡Hijo de puta!, y una detonación que lo sobrecoge. Cuando sale, la

calle está cubierta de octavillas denigratorias. También su busto ha sido manchado con pintura.

La exposición

En la exposición de pinturas comprueba que dieron el primer premio al retrato del papa, el segundo a la pintura de la esposa del contador y el tercero a la de Romero. Tras informar de que el delegado de Cultura ya no pertenece al equipo de gobierno (dimisión o expulsión) el intendente dirige unas palabras a los asistentes.

—Estoy convencido de que la cultura es central en el desarrollo de toda sociedad y que desde el Estado tenemos la obligación de promoverla. Les quiero agradecer a ustedes que nos ayuden a defender nuestra cultura.

Seguidamente, interviene Mantovani como presidente del jurado.

—La mejor política cultural es no tener ninguna. [Mira al intendente y remeda sus palabras] Defender a nuestra cultura. Siempre se considera a la cultura como algo débil, algo frágil, como algo raquítrico que necesita ser custodiado, protegido, promovido y subvencionado. La cultura es indestructible. Es capaz de sobrevivir a las peores hecatombes. Hubo una tribu salvaje en África en cuyo lenguaje no existía la palabra libertad. ¿Saben por qué? Porque eran libres. Creo que la palabra cultura sale siempre de la boca de la gente más ignorante, más estúpida y más peligrosa. Yo, personalmente, no la uso nunca. Señores, estas no son las obras que habíamos premiado. Ni siquiera son las obras que habíamos seleccionado. Y tampoco habíamos elegido, ni mucho menos, premiado, la obra del doctor aquí presente.

—(Romero) ¡Callate, apátrida! ¡Invertido! ¡Cagón!

Romero y sus secuaces arrojan huevos contra Mantovani, que se refugia tras la mesa. Mientras desalojan a los alborotadores, arrecian los insultos.

—¡Mantovani, ciudadano ilustre, la puta que te parió! ¡La concha de tu hermana! ¡Vení a la calle si sos hombre! ¡Te espero fuera! ¡Te voy a dar! ¡Burro! ¡Traidor de mierda!

Tras el desalojo, Mantovani sale de su escondite y toma el micro.

—Ya me voy pero quiero decir algo más. Confieso que no me cae tan mal tener detractores que me repudien con tanta vehemencia. Y a pesar de la tremenda brutalidad de estas acciones siento una íntima satisfacción ante una expresión del pueblo en contra de lo instituido, o sea, yo mismo. Pero vayamos al punto. Como curtido observador de la comedia humana siento como una obligación tratar de hacer de este mundo un lugar menos horrible. Sé que es una batalla perdida pero eso no significa que abandone la lucha. Ustedes sigan así, sigan igual, que aquí nunca cambie nada. Sigán siendo una sociedad hipócrita y estúpidamente orgullosa de su ignorancia y de su brutalidad. [Murmullos] Lamento haberles causado tantos trastornos, sigan con su apacible vida, sigan haciendo de Salas este paraíso entrañable. Nada más.

Saca del bolsillo la medalla de ciudadano ilustre y la deja sobre la mesa. Naturalmente, debe salir del edificio por la puerta de atrás.

La huida frustrada

En la calle, Irene lo aborda para prevenirle de que no vaya de cacería con Antonio. Trata de llevarlo al hotel para coger la maleta y sacarlo del pueblo, pero el coche, como en ocasiones anteriores, no arranca. Daniel va a pie. Antes de salir del hotel, habla con el conserje sobre sus cuentos.

—Tenés un estilo terso, fluido, sin estridencias, sin recursos tramposos. Una prosa simple, clara...

—Demasiado simple.

—No. Lo simple y claro puede ser subversivo y perturbador. Pensá en Kafka. No hay frases más simples y transparentes que la de Kafka y, al mismo tiempo, nadie más perturbador. ¿Te parece que lo publiquemos en una antología que estamos preparando?

Afuera, a Daniel se le hace de noche esperando la llegada de Irene. Pero no es ella quien viene sino Antonio con Roque

—¡Ah, Titi! Irene no pudo venir, ¿sabés? Pero te manda saludos.

Pese a la advertencia de Irene, Daniel sube a la camioneta. En el trayecto por las calles de Salas, escucha las voces y visualiza las imágenes de aquellos a los que ha herido. Ya en el campo, Antonio le hace bajar y lo conmina a abandonar el pueblo.

—¡Ciao, rata! ¡Ciao! ¡Corré, carajo!

Antonio dispara a los pies de Daniel.

—¡Bien cerquita de los pies, así te cagas bien en las patas, hijo de una gran puta!

Daniel suelta la maleta para correr más ligero, pero una bala lo alcanza. Siguiendo el hábito, Roque lo ha cazado como a un chancho.

Presentación del libro

Salón de conferencias. Daniel Mantovani lee su libro, *El ciudadano ilustre*.

—Irse no es dejar de estar. Durante años, cuando acá llegaba el invierno yo sentía el verano de mi pueblo en el cuerpo. Ya no es así. Esta historia comienza con una carta. Proviene de mi pueblo, Salas. Creo que hice una única cosa en toda mi vida: escapar de ese lugar. Mis personajes nunca pudieron salir y yo nunca pude volver...

Luego, responde las preguntas de los periodistas.

—Si bien *El ciudadano ilustre* transcurre en Salas, como sus obras anteriores, la novedad más saliente en este caso es que usted es el protagonista. ¿No considera demasiado egocéntrica esta decisión?

—Todos los escritores somos egocéntricos, autorreferenciales, narcisistas y vanidosos. Creo que eso constituye una herramienta absolutamente imprescindible para la escritura: el lápiz, el papel y la vanidad. Sin eso no se puede escribir nada.

—¿Cuánto hay en su novela de verdadera creación y cuánto de realidad?

—¿Importa eso, mi amigo? La realidad no existe. No hay hechos, hay interpretaciones. La verdad, o lo que llamamos la verdad, es una interpretación que ha prevalecido sobre otras. [Se abre la camisa para mostrar una cicatriz en el pecho] Para usted, esta cicatriz ¿qué es? ¿Una antigua cirugía? ¿La marca por la caída de una bicicleta? ¿O una herida de bala?

VERSIÓN ESPAÑOLA
19/12/2018

Óscar Martínez

«Un día, yo recibo un llamado de Gastón Duprat diciéndome que tenían un guion que habían escrito para mí. Yo no los conocía personalmente, y pensé: Qué presuntuoso este muchacho, cómo me dice esto si no me conoce. Me envió el guion ese mismo día y lo que pasó fue que, efectivamente, me conocían y sabían que me iba a conmovir de la manera que lo hizo. Me fascinó por muchas razones. Me interesó desde el primer momento sentirlo como una metáfora de la Argentina. Luego, cuando empecé a viajar con la película, me di cuenta de que era una metáfora de muchos lugares».

«Estuvimos años para poder llevarla a cabo. Se malograron dos rodajes incipientes, con contratos y productoras firmados. Entonces, a la tercera fue la vencida. Pero eso nos llevó cuatro o cinco años durante los cuales nunca dejamos de trabajar soñando la película que queríamos hacer, mejorando el guion, haciendo nuevas versiones. Incluso en la última versión, tanto Andrés Duprat, que es el autor del guion, como Gastón y Mariano me propusieron a mí participar. Entonces participé hasta en los propios textos del personaje. De modo que, cuando llegamos al plató, todos sabíamos muy bien lo que teníamos que hacer».

«Cuando estábamos ya terminando el rodaje, yo les pregunté qué pensaban ellos, si efectivamente Daniel Mantovani se había trasladado a su pueblo o se había logrado romper el maleficio de llevar cinco años sin escribir e imaginó todo en su magnífica casa de Barcelona. Para mí, él no viajó; para ellos, sí. Hay un momento, al comienzo de la película, en que él le dice a su asistente que de ninguna manera piensa viajar. Hay una pequeña elipsis. Después empieza la historia donde él llama a su asistente y acepta la invitación. Para mí, todo eso, hasta el final, en que supuestamente termina muriendo de un balazo, esa es la novela que él escribe (...) Siempre creí que él, en términos reales, no había vuelto a su pueblo. Que, en realidad, la convocatoria le destraba esa sequía que venía teniendo desde hacía cinco años. Y lo que sí pienso es que él no está para nada alejado de la realidad, que él sabe lo que habla, conoce muy bien ese pueblo, y que le hubiera ocurrido lo que finalmente vemos en la película, que a mi juicio es la novela que él escribió. Pero a la gente no le gusta que diga esto porque son muy pocos los que hacen la lectura que he hecho yo (...) Para mí, ese hombre no volvió nunca más. Si hubiera vuelto, seguramente le hubiera ocurrido buena parte de lo que él cuenta en su relato».

«Yo soy bastante afín a Mantovani, pero no tanto como se ha pensado. Pienso en términos muy parecidos. Miro desde un lugar bastante similar, pero no soy solitario, tengo cuatro hijas. Indudablemente hay aspectos míos que sintonizan con la cabeza y el alma de Mantovani. El discurso cuando recibe el premio Nobel originalmente era muchísimo más duro de lo que terminó siendo. Yo jamás haría eso. Me parece una muy fea actitud por parte de él. Como eso, hay varias instancias en la historia donde él es capaz de extremos. En algunos casos lo envidia, por ejemplo cuando le dice al señor que lo conmina a ir a su casa a comer los ravioles. Prácticamente lo humilla en la calle, pero le dice la verdad absoluta. O al padre del

chico tetraplégico... Yo digo, ¡qué envidia poder ser así! Yo no podría. Para el único que es fascinante la presencia de Mantovani es para el chico [de la recepción del hotel]. Mantovani tiene una actitud muy generosa.»

«El personaje era para mí como un traje a medida. Lo más difícil era estar todo el tiempo, no hay una sola secuencia en que el personaje no esté. Ellos tuvieron la inteligencia de rodar, en lo posible, en modo cronológico para que yo no perdiera la perspectiva de la parábola. La preocupación era estar instalado en su pensamiento y en su sentimiento de un modo constante y profundo».

«Hay quienes hablan de cierta pedantería de Mantovani. Yo no lo veo así. Me parecía que era una actitud bastante generosa y solidaria por parte de él. Ir a dar esas charlas, en ese lugar, con ese paisaje humano. Incluso cuando lo suben al camión de bomberos, lo padece. O cuando ve el vídeo, que termina hasta emocionándose. Luego, los acontecimientos lo ponen más a la defensiva. Pero a mí me importaba que no apareciera en él el desdén, el desprecio, el cinismo».

Gastón Duprat y Mariano Cohn

«Es una película con un guion muy trabajado. El que filmamos era la versión 87. En Argentina generó mucho revuelo porque un pueblecillo del interior, de gente humilde y de campo, sencilla, que una película los muestre como feroces, diabólicos... Nos comimos algunos insultos por eso».

«Para nosotros, *El ciudadano ilustre* es una radiografía en pequeña escala de la Argentina. Pero la sorpresa fue que cuando viajamos y la mostramos en diferentes países, podían reconocer a cada uno de los personajes que aparecen en la película, les podían poner nombres y apellidos locales».

«También tiene una mirada despiadada sobre el mundo europeo, porque este personaje, que vive en Barcelona, en una mansión y es millonario, está completamente vacío y necesita volver a ese pueblo humildísimo y vuelve, aunque a todo el mundo le parece insólito».

«El final estuvo planeado para que haya varias interpretaciones, todas posibles, de lo que en verdad le pasó al protagonista (pero) más allá de lo que dice Óscar y lo que digo yo, lo que simboliza la película es exactamente igual (...) Hay una escena, que a mí me gusta mucho, cuando a él se le reprocha que no volvió para la muerte de su padre. Entonces, él va al cementerio a visitar a su padre y recoge una flor amarilla. Después, al final de la película, él tiene una flor en el ojal cuando hace la presentación de la novela (...) Había otra escena donde Irene venía a pedirle un autógrafa al final. Eso fue quitado para no dar la certeza hacia un solo lugar».

«Es una película que está hecha de manera muy artesanal. Algo del look documental, un poco rústica, tiene que ver con que es una película muy pequeña en presupuesto, en producción (...) No teníamos cámara, no teníamos luces, y entonces dijimos: Compremos una cámara de casamiento, moderna, pero no de cine, y cuando terminemos de filmar la vendemos (...) No teníamos técnicos, ¡ni uno! El camarógrafo fue Mariano, yo podía tener el micrófono».

COMENTARIO DE FGI

Película sencilla por necesidad. Los realizadores contaron con tan poco presupuesto que tuvieron que prescindir de parte del equipo técnico, encargándose ellos mismos de la captura de imágenes y sonido, Cohn cámara al hombro, Duprat sosteniendo la pértiga. Aun así, ha recibido numerosos premios de importancia, Venecia, Varsovia, Río, La Habana, Goya, Seminci, Ariel, candidatura al Oscar...

El personaje aludido en el título, Daniel Mantovani, es un escritor argentino al que repugna la hipocresía en todas sus formas: adulación, formalidades, pompas y boatos, y, por supuesto, las madres de todas ellas: religión y monarquía. Por eso, cuando le fue concedido el premio Nobel de Literatura, su conducta durante la ceremonia, siendo correctísima, no gustó. Tampoco a él lo satisfizo el premio, que consideró un embalsamamiento prematuro. De hecho, a partir del evento, dejó de escribir. La sequía le duró cinco años. El motivo de su vuelta a la actividad fue un hecho de nula relevancia literaria: la invitación de sus paisanos a visitar Salas, el pueblo donde nació, para recibir el título de «ciudadano ilustre».

Algún crítico ha considerado la película «desternillante». Pero el humor lúcido y audaz no busca la carcajada, sino la sonrisa amarga. Otro la juzga «previsible». O sea, que ya conocía el desenlace antes de que se produjera. Ni mucho menos. Precisamente, el final es la parte del relato que ha suscitado mayor controversia: ¿la invitación fue aceptada por el escritor o solo le hizo fabular qué habría ocurrido en caso de hacerlo? Los directores defienden la primera hipótesis; el actor, la segunda. Yo coincido con el actor. Si tenemos en cuenta que la película tardó varios años en realizarse y que el guion fue modificado más de ochenta veces, bien pudo ser que los directores partieran de una idea y acabaran en otra sin ser conscientes de ello.

El primer indicio que sustenta esta presunción surge apenas empezado el viaje, cuando el ganador del premio Nobel no es recibido por el intendente a bordo de una limusina, sino por un tipo de pocas luces que conduce un coche viejo y bastante deteriorado. Tampoco el trayecto responde a la categoría del invitado: por iniciativa del chófer, dejan la autovía para tomar un camino rural lleno de irregularidades. En una de ellas se revienta un neumático, obligándolos a pernoctar en medio de la nada porque ni el coche lleva rueda de repuesto ni el conductor teléfono móvil. Tampoco Daniel. Queda clara la intención del escritor de dar una impresión desagradable de su pueblo aun antes de llegar a él.

Esta idea se refuerza por la estructura del relato y la entidad de los personajes. Daniel compone su círculo más íntimo empezando por el retrato cainita de Antonio, el que fue su amigo de correrías, su casi hermano, al que denigra en todas sus apariciones, presentándolo como un hombre brutal, fanfarrón, putero y resentido. Sigue con Irene, la que fue su amor de juventud, mujer culta y sensible a la que castiga con un casamiento contra natura con Antonio. El escarnio se concreta durante la cena en familia, cuando el gañán, solo por humillar al ilustre, presume de ser él quien se acuesta cada noche con Irene, rubricando la posesión con un beso obsceno que ella acepta con una sonrisa sumisa. Para llevar su aversión hasta las últimas consecuencias, Daniel les inventa una hija viciosa, Julia, con la que pasa una noche de sexo salvaje.

También la edad de las mujeres mencionadas suscita mi incredulidad. La Irene del reencuentro aparenta ser mucho más joven que Daniel. De hecho, el actor lleva doce años a la actriz. Dando por buena esta diferencia, si Daniel dejó el pueblo con veinte años, Irene no tendría ni diez. Aún menos me cuadra la edad de Julia. Daniel salió hace cuarenta años. Tres después, Antonio se casó con Irene y no cuesta suponer que se daría prisa en fecundarla. Así, su hija debería ser una mujer de treinta y seis años, no la adolescente descrita por Daniel. ¿No es algo propio de un escritor metido en años rebajar la edad de sus amantes?

Merece la pena señalar que, curiosamente, la peor parada es Julia, una joven que quizá ni siquiera existe. La pobre chica lo único que quiere es huir de Salas, lo mismo que hizo Daniel, solo que él contaba con su intelecto privilegiado y ella no tiene otro recurso que su cuerpo. De ahí su voracidad sexual fingida. Julia ni es una groupie ni encuentra a Daniel irresistiblemente atractivo: es que ve en él la única posibilidad de escapar de un pueblo mezquino y un novio lelo. La invención de este personaje por parte de Mantovani es tan burda como cruel. Que una joven hermosa y aficionada a la lectura esté saliendo con el tonto del pueblo solo tiene lógica en la mente de un fabulador. El ensañamiento con Julia cae de lleno en la grosería y la misoginia más deleznable cuando Daniel babea contando su hazaña de la noche anterior: tirarse a «una chica hermosa, casi una nena, pero con una actitud muy de puta», una «guarra».

Siguiendo con la denigración de Salas y los salenses, el resto de personajes son mostrados, casi en su totalidad, como estúpidos, egoístas, resentidos y violentos. Solo se salva de la quema el conserje del hotel, un adolescente que somete al juicio de Daniel unos cuentos suyos. Nuevo motivo para dudar de la credibilidad del relato: Daniel los lee y se los lleva para publicarlos, dando un anticipo a su autor. En la realidad, el premio Nobel no habría echado un vistazo a los cuentos y sí una reprimenda al chico por dejar entrar en su habitación a Julia que, probablemente, también ha seducido al joven para obtener la llave.

Agotados todos los reproches a su pueblo y sus paisanos, Daniel pone fin a su periplo con un paseo nocturno, al que asisten todos sus enemigos, y un desenlace que le otorga un halo entre lorquiano y mesiánico. Supongo que ni los directores negarán la irrealidad de estas secuencias.

Pero la película no acaba ahí. Mantovani resucita (ya digo que nunca murió) para hacer la presentación de su novela en la que narra la historia que se ha visto en la pantalla. Un periodista le pregunta si lo que cuenta pasó o no. Mantovani responde entre airado y beligerante: «¿Importa eso, mi amigo?».

Antes de poner fin a este comentario quiero resaltar unas palabras que Mantovani dirige a su auditorio salense: «Hay un pueblo en África cuyo lenguaje no contiene la palabra “libertad”. Es porque todos sus habitantes son libres». O sea, que solo se habla de la libertad en aquellos lugares donde no existe o corre peligro. Lo mismo ocurre con la cultura: «Siempre he sabido que la palabra cultura es pronunciada por los ignorantes y estúpidos. Yo no la digo nunca». En la vida real, este personaje ha valido a sus directores numerosos premios, siendo la paradoja que los tipos y actos que los agasajan se parecen mucho a los que ellos azotan.